

LOS PUDORES DE HEMINGWAY

De Ernest Hemingway se ha dicho todo y más, quizás, de lo que a él le habría gustado que se comentara de su obra. Porque, como lo manifestó muchas veces con la brutal franqueza que lo caracteriza, "la tortura de los lectores avisados es infinita".

A él le atraían los simples, de quien, como dijo Cristo, estaba seguro de que sería el reino de los cielos, en el que no creía. Pero también estaba seguro de que entre los misiles celestiales que podía salvar el hombre se contaban los whiskies dobles a la hora del desayuno; una solita a pescar al amanecer, ojalá sin volver con pez alguno que transformara en fructífero un esfuerzo destinado a no conseguir fruto alguno, y quizás el enamorarse de una mujer desconocida que se perdiera en el anonimato antes de haberla alcanzado a conocer (entrevista concedida al Time pocos meses antes de su muerte).

El alcohol y las mujeres fueron una constante en Hemingway.

En cuanto a la pesca, en que lo inició su padre desde muy pequeño, no sólo le reportó momentos y placeres, sino que fue el mejor de sus libros y un clásico de la literatura moderna: *El río y el mar*.

Sin embargo, a Hemingway le molestó el alboroto literario provocado por esta novela, la que declaró una y mil veces no ser más que "un apunte de un estado interno que permití que se publicara sólo por socararme la angustia con que irrazonablemente aquello, inédito, me penaba desde el cajón" (en la misma entrevista al Time).

El jardín del Edén (Ed. Planeta, 1986) es un bello libro. Pero por encima de su belleza campea un permanente clima de intimidad violada, que por momentos hace sentirse culpable al lector. Hemingway comenzó a escribirlo en 1946 y durante quince años lo tomó, dejó y retomó porque, como lo destaca en París es una fiesta, hay cosas que ni a los escritores de ficción se les está permitido escribir. Ello no por consideraciones morales — según lo dejó bien en claro — sino porque "cuando la pluma revuelve las entrañas y desnuda obscuramente el alma, hay que abandonar la pluma".

Hemingway era un pudoroso, pese a los



Hemingway mordió la manzana de su jardín del Edén por un fruto lesbio, cuya mordida no se abrevió el escritor a revelar en vida.

frecuentes escándalos que crearon su bohemia, la que durante mucho tiempo fue rechazada por las almas norteamericanas beatíficas de los años veinte. Que uno de sus ciudadanos se integrara a la "generación perdida" europea era un descrédito que influyó para que el entonces joven Ernest perdiera también su puesto de excelente corresponsal de prensa. Sin embargo, este perdido vacilaba en abrir al público *El jardín del Edén*, el que describió como "la felicidad del Paraíso que el hombre debe perder".

La manzana bíblica es en este caso el lesbianismo que tienta a Eva, reencarnada en la heroína, y quien hace morder dicho fruto a un Adán enamorado y dolido que no es otro que el propio Hemingway.

"La felicidad en las personas inteligentes es lo más raro que conozco." La frase, dicha como al pasar por una de las dos jóvenes mujeres que forman el ambiguo triángulo con David, el protagonista, recién casado con una de ellas, resulta la clave de la novela.

David es escritor con un libro publicado con razonable éxito y escribiendo un se-

gundo volumen que promete ser aún mejor. Entretanto ha contraído un matrimonio algo loco con una casi desconocida, pero la luna de miel parece el inicio de una intensa felicidad. Hasta que la novia, buscando una dicha que para serlo no puede caer en paz alguna, pone entre ella y su pareja a otra bonita muchacha. Mientras el irremediable drama se gesta, David, que no quiere romperlo, se ambula en su creación literaria, agregando al desgarramiento que adivina en lo sentimental — el que le provoca escribir.

"Lo hago bien cuando escribo sobre los demás. No quiero ponerme sentimental ni fanfarronear, y además nadie sabe nada de sí mismo cuando está implicado."

La declaración del David de *El jardín del Edén* coincide con las tintas negativas a los supuestos autobiográficos de las novelas de Hemingway. Sin embargo, todo en David es el escritor. La invocación constante a su padre, quien en la vida real, según se asevera, se suicidó así como lo haría Hemingway, cuando supo que estaba enfermo de muerte. La confesión de que, cuando se ponía a trabajar, escribía desde un núcleo interior que no podía partirse ni siquiera ser marcado por una raya o por un anafico; lo que constituía su fuerza, ya que todo el resto de él podía resquebrajarse.

El mayor interés de *El jardín del Edén* radica en el Hemingway tierno y profundamente comprensivo de la fragilidad humana, que aquí encarna en un hombre enredado en dos grandes conflictos: el de los sexos y el del precio que se paga por mantener la vocación literaria.

Entremezclados uno con el otro, haciendo de ambos un todo, lo probable es que la reticencia de Hemingway a publicar la novela escribiera en la intimidad de su literatura, puesta casi obscuramente — como habría dicho él — al descubierto. Porque en lo que se refiere al sexo, manifiesta que la corrupción sólo le parece divertida, aunque pasada de moda.

Si *El jardín del Edén* aparece contra la voluntad de su autor y no en la firma definitiva que el propio Hemingway le habría dado, ya no hay nada que hacer. Está en circulación y es fascinante leerla. ■

Año 5, N° 56, 2to., Julio 1997

MUNDI 15

Los pudores de Hemingway [artículo] Graciela Romero.

AUTORÍA

Romero, Graciela

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los pudores de Hemingway [artículo] Graciela Romero.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile